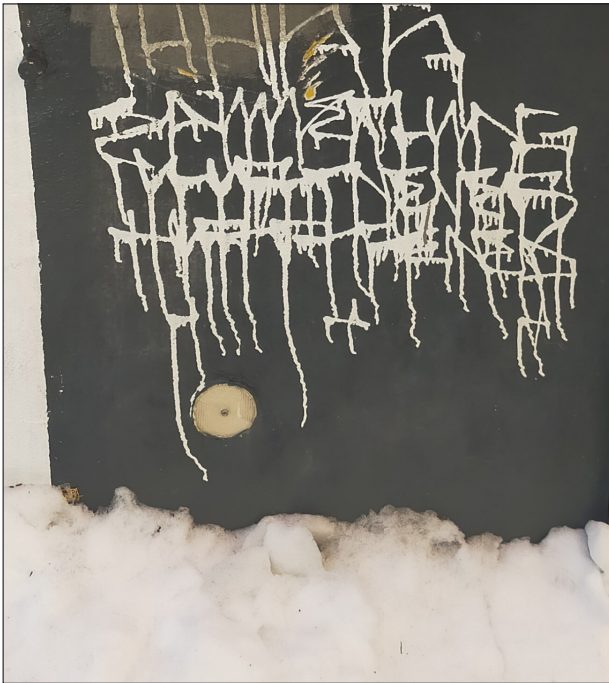


Ricardo Martínez-Conde

EL NOMBRE DE LAS COSAS

Microrrelatos



Zadar eds.

EL NOMBRE DE LAS COSAS

Microrrelatos



© Ricardo Martínez-Conde
<https://ricardomartinez-conde.es>

© Zadar ediciones

© Imagen de portada: Francisco R. F. Martinez

Primera edición, 2021.

Impreso por Torreblanca Impresores.

Depósito Legal: M-4397-2021

Ricardo Martínez-Conde

EL NOMBRE DE LAS COSAS

Microrrelatos

Zadar eds.

*Amo los mundos sutiles,
ingravidos y gentiles
como pompas de jabón*

Antonio Machado

ÍNDICE

Nubecitas	15
La hoja en blanco.....	16
Pura metafísica	17
El viaje.....	18
Teatros.....	19
El ‘Oto’.....	20
Pizarrín	21
Juguetes.....	22
Meteorología	23
De cristal animado	24
La especie humana	25
Colores encerrados.....	26
Florero.....	27
Espionaje.....	28
En clave de Rap.....	29
La curva	30
Las ondas	31
La luz	32
La coincidencia de las flores.....	33
El observador	34
Orden higiénico	35
Mensaje virtual	36
¿Tiempo perdido?.....	37
Esclusas	38
Lluvia.....	39
Migración	40

¿Naturaleza viva?	41
La mariposa	42
El gesto triste	43
Pecado original	44
El fardo.....	45
Advertencia	46
Ejercicios literarios	47
Precocidad.....	48
Teatro (romántico)	49
Títeres.....	50
Alta política	51
La frontera sin luz (Idomeni).....	52
El sentir	53
Luisón.....	54
El espejo	55
Reflejos.....	56
La sombra	57
El cerezo.....	58
Llegar.....	59
... en el aire.....	60
Lunares.....	61
Diálogo virtual	62
Runner	63
Incidencia	64
Lectura	65
¿La alfombra?	66
Últimas voluntades.....	67
Maldad maquinal	68
Postilla.....	69
La lluvia.....	70
Afinidades electivas.....	71
Circunstancia	72
Devociones	73

Una llamada emocionante.....	74
E la nave va.....	75
(Es una interpretación).....	76
Quietud, pudor.....	77
Criterio científico.....	78
Mi dieta y yo.....	79
Cuestión de confianza.....	80
Sentimientos.....	81
Congoja y 'bus'.....	82
Palabras nada más.....	83

PROEMIO

El ejercicio de precisión quirúrgica que demuestra esta serie de (micro)relatos despoja de todo contenido accesorio un conjunto de historias asombrosamente estéticas, intensas, conceptuales y al mismo tiempo cercanas que sorprenden y conmueven (o provocan ambas sensaciones a la vez), asoman una sonrisa a los labios del lector o lo invitan tanto a la reflexión como a la melancolía.

Shakespeare escribe en *Hamlet* que la brevedad es el alma del ingenio. Borges pensaba que había escritores capaces de cargar un cuento con todo lo que una novela podía contener. Ricardo Martínez es capaz de condensar toda una vida (la suya o la de sus personajes) en menos de una página.

No me extendo más. Pasen y lean.

*Alfredo Ovilo
Madrid, febrero de 2021*

Nubecitas

La pantalla del móvil es el cielo (algo oscuro).

Las marcas de los frágiles dedos (pues han dudado, a veces, al marcar), son nubes casi temerosas; o su sombra.

El paisaje que forman es un cielo virtual (no real del todo), a modo de imaginación: como ese diálogo que se establece con alguien que no está.

No está presente

La hoja en blanco

La hoja en blanco arrancada de su espiral metálica no se resiente de un modo audible; el sonido no se manifiesta agrio por el desgarramiento de su paz lateral.

Quizás sea una cuestión de orgullo (o, por el contrario, de humildad a ultranza) pero la mano que arranca, si es algo sensible, sí percibe el desgarro.

Se ha creado una emoción. Se crea una espera.

Luego de un tiempo, la hoja grande y su línea complementaria, que ha quedado en el hueco de la espiral, se manifiestan. La hoja ofreciendo un lateral de almenas como el castillo de un niño, y el fragmento escindido (que ha tenido que ser liberado del hueco helicoidal con las yemas de los dedos; a veces, ¡ay!, por partes), también, con sus almenas de niña que no conciben guerras sino líneas complementarias.

Veo el efecto, sonrío al destino y valoro el equilibrio de las naturalezas: la material del papel dividido y la espiritual del pensar que, trascendiendo, viaja en la imaginación...

Para Javier Jover, amigo silencioso

Pura metafísica

Mi vecino, que a veces roza (bueno, toca de lleno, para qué negarlo) la melancolía, está convencido de que el nuevo ascensor –metálico y brillante, sonoro e insinuantemente aéreo– lo ha instalado un metafísico.

A mi pregunta de ‘por qué’ contesta, sin dilación: “¿No te has dado cuenta? Estás abajo, pulsas el quinto y dice su voz interior: *Cerrando puertas. Bajando*”.

...

Pues es verdad.

“Lo dicho: pretende representar al Destino; ya desde un principio. ¿No te das cuenta de que habla de la vida, de nuestra posible trascendencia? Mecánicamente obediente, te llevará al quinto, pero la advertencia ya está hecha: *Cerrando puertas. Bajando*”.

¿O será tal vez únicamente un emisario del TIEMPO, ese gran vengador?

¡...!

El viaje

Al llegar a Troya (el austero sol apaciguando los campos, el indefinido mar allá, en los Dardanelos; el propio silencio...) me acerqué, discreto, como veladamente, hacia la sombra de un olivo.

Latía con pasión dentro y fuera de mí.

Apenas perceptible (¿esperando el milagro?) dije: “¿Hay alguien ahí?”

Si me responde Helena es que me muero; de verdad, me muero...

¡Cuánto viví: a la sombra, a solas!

Teatros

Habíamos llegado a Éfeso, un destino deseado.

El guía desgranaba sus ilustradas explicaciones, adornadas con algunos ejemplos. En ese momento nos relataba la importancia del teatro en las culturas antiguas. Estábamos delante de los sugerentes restos de la avenida flanqueada por columnas que llevaba al mar. Enfrente, escueto, elegante, magnífico, el sobrio teatro griego.

–Papá –dice de pronto mi hijo, cuya naturaleza emocional, de verdad, no entiendo todavía–, y si la vida es sueño, como dijo ese señor Calderón, ¿por qué no nos pasamos la vida durmiendo?

–¿Quieres callarte? –fue todo lo que se me ocurrió, medio aturdido.

–Es por las pesadillas, Miguelín; es por las pesadillas –terció mi mujer, conciliadora.

¡Cuánto saben ellas del Destino!

El 'Oto'

El Oto es desde hace tiempo, para mí, sinónimo de otorrinolaringólogo (cuando aprendí a decir de corrido esta palabra creció mi orgullo, lo noté al vuelo). Se trata de un tipo bonachón, buen profesional, amiguete... Bueno, no sé si decir hasta ayer mismo.

Lo que ocurrió es que, como otras veces, me auscultaba delante de algunos alumnos aspirantes a la profesión, uno de ellos (una de ellas) un delicioso bombón tropical... Yo noté enseguida el síndrome: mi propensión al dulce, a los trópicos.

-En la prospección anterior -relataba profesionalmente el doctor- aquí teníamos moco adherido a las paredes, más abundante en el conducto izquierdo... Ahora en el derecho.

Joder, doctor -pensé metafísicamente para mí- deje ya de aludir al moco, que me va a asustar al bombón...

A ella la vi turbarse con la delicadeza de un ave del paraíso. A mí turbarme a secas.

Pero hoy he quedado con ella, así que no tengo pensado cambiar de doctor.

De momento

Pizarrín

Sospecho que mi amigo se ha enamorado.

Es mi vecino y viene a vivir aquí por temporadas. Yo le reconozco, aún sin verle, porque, antes de asomarme a la ventana, oigo ya su voz: siempre parece estar a bien con la vida.

Hoy, sin embargo, me ha parecido que su canto era más comedido, como si encerrase un mensaje distinto a lo habitual. Es más, no cantaba sino susurraba; la entonación sigue siendo preciosa, llena de espacios sugerentes, pero como que espaciaba un poco más las notas, casi entregándolas una a una. Y, al asomarme para verle, advertí algunos gestos como de decoro, de un cierto azoro... Cantaba, pero no para el universo, como lo hace habitualmente, sino para otro.

A ella la oí al poco; estaba en otra ventana. Las ondas de su canto eran distintas: livianas, confiadas, algo así como tibias...

¡Ay!, Pizarrín, fiel amigo. Presiento que el amor incluso te va a exigir volar de un modo distinto. Pero tu diminuto cuerpo esponjado, tu aleteo y tu colorido ceniza siempre, siempre los reconoceré

Juguetes

Sus padres tenían previsto estar fuera el fin de semana, así que decidieron dejar al niño con una vecina. Él no rechistó; eso sí, pidió que le dejaran llevar algunos juguetes. La vecina, Hortensia, era una señora mayor afiliada desde siempre al partido de la religiosidad más militante.

Al atardecer, Juanito, de cinco años recién cumplidos, se acercó a la cocina a hacer compañía a su amable anfitriona. Llevaba su juguete preferido: una flecha atravesándole la cabeza.

Hortensia, para reponerse del vuelco en su atareado corazón, apoyó una mano en la sopera, que casi se vierte.

–No se asuste, Hortensia, –le dijo el nene, sentado a la mesa–, solo trato de adelantarme a la que considero será mi dura realidad. (¡Qué majo!, pensó ella en un mohín de asombro ultramundano mientras trataba de sujetarse el corazón con la mano libre).

–¿Qué tal... el niño? –quiso articular la madre de Juanito a su regreso. Pero no pudo; en el umbral, Hortensia lucía una flecha atravesada en la cabeza al tiempo que desgranaba el santo rosario.

¿Y sonreía...?

Meteorología

Todavía me ocupa el recuerdo de mi amiga.

Amiga al modo del Canto bíblico, de la lírica que asocia el nombre a la unión física de los cuerpos; que han sido amor.

La tarde descendía con la clemencia propia a la ceremonia más deseada –esa hora sin nombre– en el reino del verano.

Entonces se dio el instante en que, ¿desde dónde?, llegó la primera señal de la brisa, una brizna de gasa en el cielo que venía a advertir del milagro.

Al poco, en ese filamento perdido se inició una nube. Tan liviana que pronto se elevó, creció, se alejó.

Ahora, en el mismo lugar, solo, la brisa llega hasta mí para avivar el recuerdo. Un recuerdo que nació sobre briznas de hierba, las que sostenían nuestros cuerpos desnudos

De cristal animado

El joyero de cristal, tan bien artesonado por la mano experta, es, en realidad, la luna de una noche de mayo.

Era una luna de carácter caprichoso, individualista, así que antes de extinguirse con el alba quiso ser distinta: “Me transformaré en algo que despierte admiración por su hermosura...” Hacia el final de su viaje, en un rincón de la Anatolia, a través del ventanuco hecho en la tierra en esas casas-juguete con pompón que allí son propias, vi a un artesano que, con extrema delicadeza, tallaba el cristal. Y a él se lo propuse.

Ahora está sobre una mesita de la sala, cerca de la ventana –por añoranza, tal vez– y, cada mañana, al verla, veo más allá...

Siempre he sabido su origen, pero nunca le he hecho la pregunta. Hoy, sin embargo, que mi sentir vaga un poco, estoy por decirle: pero, ¿cómo has hecho? ¿Cómo lo has hecho?

(En realidad la pregunta oculta otra: “¿Piensas regresar allá, a tu cielo, algún un día?” Y la respuesta podría ser: “¿Y entonces seremos dos? ¿Una noche con dos lunas?” Creo que se queda)

La especie humana

Su actitud, pacífica, era como de espera. Estaba viviendo en el sentido más esperanzado (hurgaba entre las palabras para elegir bien, para decirlo bien). Al otro lado estarían los lectores, cada uno en su más o menos afinada soledad. Él procuraría hacerles compañía; redactaba su sección habitual.

La revista salía cada semana ('salía', iba hacia el otro, hacia cada voluntad o inteligencia). Él tenía su columna asignada y trataba pulcramente de cumplir con su cometido.

Entró el terrorista. Disparó. Le disparó (fue en el momento en que tenía en el rostro una expresión todavía inacabada, de consternación por lo incomprensible –lo que se aparta del bien, del gesto amistoso– pero, a la vez, también de un reservado sosiego).

El agujero en su cuerpo se alarga cada día hacia el infinito; no termina nunca.

Hoy iré a la ceremonia fúnebre a recordar el vivir –¡el vivir!– de la especie humana.

Lo otro es amarga sombra, terca muerte inválida

Colores encerrados

Volvió la esquina y le topé de frente.

El caso es que no sabría dar descripción alguna de su fisonomía (vagamente recuerdo que podría ser un joven menudo de andar ligero) pues lo que reclamó de inmediato mi atención fue lo que portaba, a la altura del estómago: una abultada bolsa de plástico transparente llena de colores.

Sorprendido, sonreí para mis adentros. El descubrimiento era, cuando menos, original. Múltiples reclamos, múltiples colores me miraban. ¡A mí, que soy daltónico!

Para mí era como si el joven llevara en el regazo un solo fruto rubicundo, 'omnisciente', mostrando todos sus gajos. Bien guardado en su bolsa. ¿Y cuando abriese la bolsa? Aquello sería un regalo de arco-iris. De muchos arco-iris. Un regalo adornado por la mejor ilusión infantil.

¿Sabéis cuál era el contenido? Cucharitas de plástico, de esas que te ayudan a que no se derrame el helado.

¡Oh, mañana limpia! ¡Oh, milagro de los colores!

Y si el Destino jugaba conmigo recordándome mi gusto por los helados, acepto el Destino

Flojero

Es el secreto entrañable –me dije– de la belleza.

Las flores sobresalían un tanto desde el borde del florero de cristal, algo marchitas ya. El agua, antes transparente, se había tiznado ligeramente de verde (sin dejar de posibilitar una débil transparencia) y ahora simbolizaba una sombra vívida. Una delicada sugerencia.

Pero era esa postura de los tallos que, al tiempo que sustentaban las rosas semejaba para mí (y era un sentir muy próximo), un ejercicio de equilibrio, de Armonía, de complicidad con su dios interior.

Vivieron un tiempo todavía, ahora tal vez con mayor hermosura, su íntima debilidad...

Espionaje

-Todas las mañanas, antes de sentarse ante el ordenador, se acomodaba bien el cuello de la camisa.

Luego le regalaba al espejo una mirada al bies (con un mohín traidor).

Luego sonreía.

Luego pensaba:

“No quiero que el ‘hacker’ pueda acusarme también de desaliñado”

Para Carlos Díaz Martínez, in memoriam

En clave de Rap

En la escalinata de la catedral, al sol del mediodía, un potencial rapero ensayaba su testimonio-canción:

Yo tuve una ilusión,
mantengo la ilusión.
Ayer, sin ir más lejos
me pegó un subidón.
*Y es que dicen que por fin
al trullo se va Botín.*
Qué pena, pues lo intuyo,
no gozar del festín
de verle chulo y fresco
entrar en el fortín.
*Y es que dicen que por fin
al trullo va Botín.*
Que todos los corruptos
que robaron a espuestas
no queden impolutos
y gocen de las celdas.
Y es que dicen que por fin...

Continuaba en su gozo, pero yo tenía prisa. Le dejé trazando con la mano, bajo ritmo de salmodia, gestos en el aire que parecían golpes, líneas como rejas

LA CURVA

Estaba seguro (bueno, casi; como en casi todo) de poseer unas cualidades de inteligencia, de percepción, de sensibilidad más allá de lo considerado *normal*. No era una presunción (si acaso interna; o casi), era una intuición, pues, a su juicio, era algo que llevaba con estricta humildad. Se consideraba deudor con la naturaleza: ella era su interlocutor más abierto, más dialéctico.

Esto es, era un solitario.

A veces sentía como un vínculo, como un sentimiento especial hacia 'algo'. Vio un pétalo caído en el paseo del parque; procedía de una camelia roja con un elegante jaspeado blanco. Lo tomó en la mano. Le transmitió su calor: el tibio de su mano y el de su tacto, como de caricia.

Pensó en la ciencia. Pensó en Geometría, pero, sobre todo, en Arquitectura. Se dijo: no ha habido (ni habrá) curva más perfecta que esta. Y volvió a acariciar el delicado abombamiento de la hoja sumisa

Las ondas

Iba disfrutando el paseo mañanero como un niño. Reparaba en lo aéreo del aire, en la transparencia de la luz (en esas cosas que atarean a un enamorado potencial sin curación).

Entonces reparé en ella. Iba delante de mí, acogido su cuerpo en un vestido de tonos claros, casi flotando al ritmo de las hojas –tan minúsculas y vigilantes, susurrantes– de las acacias.

El pelo, lacio y limpio, de un color entre un verde marino –los días de la evocación– y un rubio versátil, le llegaba, distendido, hasta media espalda.

Creo que pronto, de una manera más o menos consciente, me adapté a su ritmo. Sobre todo a las ondas que en la superficie de ese mar capilar se despertaban, relucientes al sol, cada vez que ella pisaba sobre el enlosado.

Pum, pum... Glub, glub... Las discretas olas se sucedían, y en ellas, ¡ay!, mi placer de vivir (mi necesidad de sobrevivir)

La luz

Menos los zapatos, sencillos, de un color negro reluciente y que se diría van satisfechos de su función –guardando los pies ligeros en aquella mañana despejada– el resto todo era blanco.

Las dos monjitas, muy a ritmo, decididas en su camino, iban cogidas del brazo, animosas. A veces en silencio, otras en charla sonriente; eran un modelo de pareja y armonía (¿en el Señor?). Se podía confiar en su gesto, en sus palabras (¿tal vez un tanto diluidas de realismo por causa de la fe?). Se podía confiar en su actitud predispuesta y cercana. Cuando el camino lo traza el Señor, qué fácil resulta disponer el ánimo para cumplirlo.

Iban tan livianas y sutiles: el hábito bien plisado, la toca como de papiroflexia; todo de un blanco algo divino que exhalaba una luz alegre y transparente... Hasta que la propia luz les delató.

En un contraluz pude ver la forma delimitada de sus cabezas: dos esferoides duras, negras... ¡Ay!

La coincidencia de las flores

Ella, a su ritmo tropical originario de algún valle de Ecuador, llega cada mañana respondiendo a una obligación pautada: cada habitación tres minutos. Esa es toda la entidad de tiempo que se otorga a la limpieza por habitación en la residencia donde moro.

Así ocurre también cuando llega a la 379, que es el número de habitación que acoge mis soledades y donde yo aprovecho para reconciliarme con el mundo (conmigo algo menos; uno se va haciendo a sí mismo por acumulación de quehaceres, de desventuras).

El caso es que hoy, ya presintiendo su gesto de ternura, se lo he dicho a mi modo: “gracias por su paciencia, gracias por su sonrisa”. Me parecía de ley el hacerlo.

Y es que ella, por sus razones, ¿por el cuidado que me tributa?, siempre se detiene algún minuto más. Y yo se lo agradezco, pues su gesto casi me azora y conmueve.

¿Saben?, ese exceso de tiempo lo ocupa en alinear las flores estampadas que decoran el cobertor.

Y así cada mañana: las alinea, las alisa.

¿Sueña las flores?

El observador

Esta mañana las persianas permanecen todavía bajas, y eso me confunde. (Esta es una narración que podría denominarse primigenia, esto es, lo narrado es lo que ahora acontece. Lo hago como un gesto de afinidad, como una forma de reforzar un vínculo).

Me ocupa, así, una sensación de vacío: no veo su rostro barbado con el rictus de seriedad que le es propio mientras observa, sin apenas hacer movimiento alguno, el despertar de la calle. A mí, por ejemplo, me mueve a curiosidad la protesta del crío mientras se dirige al colegio (su padre, el custodio, está hecho a escuchar sin intervenir; tal vez el pasajero desasosiego del crío provenga de no poder adelantar la naturaleza de la sorpresa que el día de hoy le tenga preparado).

He visto, sin embargo –ahora ha ocurrido– su inseparable pipa en el quicio de la ventana. Y yo me atrevo a decir que la ha puesto ahí una mano femenina (a la que no conozco en la rutina diaria).

¿Tal vez está enfermo y ha querido que su pipa, que es como su prolongación ontológica, salga por él? ¿Tal vez ayer ha ocurrido algo? Su aspecto, a veces, tenía un color enfermizo.

¡Oh, no!

Orden higiénico

No solo era propicio a que, en su comportamiento, todo se rigiese bajo un principio de orden, sino que no entendía que la realidad fuese concebida de otra manera. Y el principio empezaba a regir por el uso del papel higiénico.

El modelo que él solía adquirir, de suave tisú capa gruesa, había calculado que, administrado en una extensión de tres porciones (esa que va entre puntitos y puntitos, para desprenderlo mejor) era suficiente para cada 'pasada' de limpieza.

Y, ¿por qué no?, la aplicación de tal criterio podía comenzar ya esa mañana de otoño, con viento racheado procedente de la laguna próxima. Peló un kiwi para el desayuno, tomó el café con leche y, un poco antes de lo habitual, se dirigió al baño.

Un sonido reconocible regurgitó en su estómago. Aun así, procedió: tres porciones, pasada, tres porciones...

¿Será posible? Volvió el sonido, volvió el síntoma que le acompañaba... Había 'cogido' frío. Y eso suponía diarrea...

Mensaje virtual

Se tomó las vacaciones hacia un país de lengua distinta a la usual, pero no extraña para él. Así se sometía también a un juego que le gustaba practicar: decir de otro modo, sentir de otro modo.

Metido en la monotonía de la autopista, pronto se topó con un cartel de letras mecanizadas donde, ocupando cada letra su rectángulo frío y negro, pudo leer. “Risco de incendio extremo”.

Un poco más adelante, como muestra de la esquiva relación entre lo virtual y la realidad leyó: “Risco de incendio e_tremo”. Por alguna razón había desaparecido una letra de la última palabra.

Le tentó enseguida la traducción desde la lengua vernácula, y quiso valorar la traducción: “Riesgo de incendio y ... tiemblo (temeroso)”.

¡Oh!

¿Tiempo perdido?

¿En aquellas ocasiones he perdido el tiempo?

No lo sé.

Por ejemplo, cuando la chica (que me gustaba mucho) con la que había quedado no acudió a la cita. Bueno, al parecer acudió, pero como se retrasó yo ya me había ido.

Por ejemplo, cuando buena parte de una mañana estuve sacudiendo mi rabia tecleando con los dedos contra el lateral de madera de la escalera. No me dejaban coger la bicicleta; desconfiaban de mí.

Por ejemplo, cuando me quedé dormido fuera del acuartelamiento (el Ministerio, concretamente) aun a sabiendas de que mi general protector se iba a interesar por mí esa mañana. (Aquí cabe una aclaración: dicen que no han vuelto a ver cruzar el Retiro a un uniformado a tal velocidad).

Por ejemplo...

Verán, ¡es que me resulta tan duro –ontológicamente hablando– esa expresión de “perder el tiempo”!

¿Quién dijo perder?; ¿quién podría valorarlo como tal?

No tardó en llegarme la respuesta: “Y una vez más el cielo, solo el cielo en su mítico silencio. Ahí, sin hacer nada...”

Esclusas

Luego de varios meses de frenética actividad ejerciendo el esfuerzo sobre la tierra misma, han rematado la zanja que servirá para abrir una nueva vía de comunicación entre dos mares. Una obra ciclópea, colosal.

Ahora queda la parte más difícil y poética a la vez: hacer que las aguas de ambos mares se hermanen. Una vez conseguido eso, los barcos panzudos y somnolientos podrán llevar sus mercancías de un lugar a otro para que nadie pase necesidad. (¡Qué ironía!)

El océano Atlántico se confundirá con el Pacífico, y viceversa. (Nadie puede asegurarlo a ciencia cierta, claro está). Pero, ¿y la pequeña ola, tan liviana, tan significativa para el solitario? ¿Ya no volverá?

¡Ay, ay del solitario!

Lluvia

Se acercó al gorrión y le preguntó:

-¿Por qué has llorado?

-No he llorado, es que me ha llovido dentro.

El gorrión, sorprendido, se alejó.

Él, contrito, siguió su camino.

Y se hizo de noche

Migración

El camino se hace más largo y confuso por cuanto el camino es nuevo, desconocido. Y ahora, llegado el otoño, la temperatura ha descendido y en ocasiones llueve.

Pero es necesario seguir, seguir, seguir... Atrás queda la guerra; atrás está la guerra tan cruenta, imperfecta, desazonadora para el alma. ¡Es tan fríamente injusta! Atrás viene la memoria de la guerra, lo peor de ella, así que hay que seguir...

Acaso esta gente, nueva para mí, no deba saber de nuestro dolor, de nuestras necesidades, pero desearía que nos trataran con algo más de consideración; sería tan alentador poder recibir un poco de su comprensión, tal vez de su afecto... Ofrecido desde su desnuda voluntad, desde su libertad.

Y no importa tanto que yo sea ciego –hay alguien de los míos que me ayuda–, pero todos vamos tan necesitados...

¿Naturaleza viva?

Un cangrejo lúdico, me dije.

Patas arriba, agita una u otra como gimnasia y juego. ¿O tal vez toma el sol, retozando?

Vino la gaviota y se lo llevó en su terco pico ¿Tal vez estaba herido? ¿Necesitaba atención urgente?

Quedé apenado, por si debí haberle atendido yo

La mariposa

Quise iniciar un secreto. (Qué emocionante, ¿no? Iniciar un secreto).

La mariposa me pareció hermosísima. ¿Tal vez más porque estaba herida y no podía volar? Debatía sus alas al aire, pero la fuerza no le respondía. Era ya otoño; un día de luz coloreada y tranquila. Es posible que hubiera salido a pasear y se encontró mal. El caso es que allí estaba, sobre la tierra seca, junto a las primeras hojas viajeras.

Quería ayudarla, pero, a la vez (de ahí el secreto) no quería compartir esa emoción (la belleza cautiva) con nadie. Saqué el pañuelo, recién lavado, y entre un pliegue y otro le hice un hueco; lo metí en el bolsillo y me encaminé a casa.

Conozco mi casa, conozco el camino, iba moderadamente apresurado. Saludé a algunos conocidos, pero no me detuve.

Al llegar me fui al salón y, sobre el cristal de la mesa, desplegué el pañuelo. Nada. Ni un movimiento.

Abrí con cuidado sus alas y pude ver la armonía antigua de sus colores. La quietud les daba tanta belleza, tanta significación...

(¿Tal vez así se forman los secretos?)

El gesto triste

Cuando paseas, cuando dejas vagar tu sentir una mañana clara en que la calle ha convocado a otros paseantes que parecen felices (o, cuando menos, satisfechos porque hoy luzca este magnífico sol) es frecuente ver a las jóvenes mamás paseando sus carritos, esos de diseño ultramoderno (todos distintos, para diferenciarse, como luego se hará con su contenido) con sus niños dentro, absorto él, casi absorta ella...

Es cierto, sin embargo, que la atención concentrada del niño se la lleva en ocasiones el muñeco que le acompaña y al que él abraza con celo, pues de él obtiene buena parte de su seguridad. (A veces he pensado que, a esa corta edad, es su único y verdadero interlocutor). Es esa la imagen que suele diseñar una sonrisa en el paseante curioso.

En aquella ocasión, sin embargo, el niño, con su escaso pelo rubio algo desnortado, con su cutis de leche y sus manitas acogedoras reflejaba una expresión más bien triste, de duda.

La causa era que en lugar de un muñeco tenía dos, cada cual abrazado a su manera. ¿Y a cuál atender? ¿Quién era, de verdad, su mejor amigo? ¿Habría de tener que elegir?

Pecado original

En ocasiones sería bueno hacer una revisión acerca de cómo se nos ha transmitido la Historia. La materia es algo que nos concierne no ya por la importancia del conocer la verdadera realidad de nuestras vidas, sino también porque sobre ellas solemos elaborar nuestros sueños, es decir, nuestras ilusiones y pesadillas.

Por ejemplo, ¿qué me dicen de la expulsión de Adán y Eva del Paraíso terrenal? (Y a saber qué tipo de paraíso sería, esa es otra). Lo que sabemos es que hay un ángel enfadado que blande una espada de fuego y expulsa a una pareja sumisa, contrariada... ¿Y nada más? Pues no.

Me he enterado ayer, porque los medios de la época no recogen la escena. Hay un momento en que Adán se vuelve y le dice al ángel: “Nos vamos porque nos amenazas con una espada, pero que sepas que no es lo que piensas”.

(¡Ay, ay cuando se conozca el verdadero contenido de las cintas del cielo!)

El fardo

Lleva a la espalda un fardo envuelto en una bolsa de plástico grueso y oscuro: lo ha atado de una manera rudimentaria, pero, por alguna razón, da la impresión que no cederá. Es un nudo primitivo, hecho a mano por un campesino recio.

En la mañana todavía con restos de niebla, la que ha quedado de la noche mientras las cumbres van despertando, da vueltas en torno a la pagoda. Su gesto extraño, ceremonioso y secreto, lo viene repitiendo desde hace unos días. Es el primero en madrugar y el último en retirarse con el sol.

Todos sus movimientos están sometidos al silencio. Sus ojos marrones miran, sin desviarse jamás, hacia un lugar indefinido, ¿lejano? A saber a dónde.

Es viejo, pero nunca ha dado muestras de cansancio, salvo lo que da a entender su columna vertebral, ya inclinada por los años.

Camina. Da vueltas en su invocación, en su imprecación. Sobre sí lleva el cuerpo de su ternero, al que tanto quería. Y reza para que no se convierta en sapo en el más allá

Advertencia

Es cierto, me lo habían advertido. Si te vas para Madrid olvídate de lo que son los sonidos puros de la naturaleza. Habrás de cambiar el canto de los pájaros por el rugido de las motos, el sonido apacible de la orilla por el sonido agrio del tráfico... El cambio, pues, suponía una amenaza. Aun así, quería arriesgarme porque, pensaba yo, también tendría la ocasión de cambiar el sonido –y el valor– de las palabras: las tópicas, manidas, reiteradas, por un lenguaje distinto, más sonoro y vivo, más preciso e inteligente.

Detesto esa molicie consentidora, amoral, de lo rutinario; quiero la posible (segura) sorpresa de un decir distinto, de una relación distinta con la realidad a través del lenguaje. Ilusión, claridad, concisión: las palabras como entendimiento (sea el tema el que fuere) no como acumulación de ruina acumulativa, de vertedero para decir que el tiempo va muriendo.

Esta mañana se ha puesto de manifiesto la diferencia, mi profecía. Hube de apagar la radio, donde sonaba música clásica barroca, porque algo, afuera, me advertía hacia un sonido distinto, me llamaba desde un sonido preciso y claro.

¡Oh, Dios!, es un mirlo, un mirlo en el extremo más arriesgado del alero mirando al ingrávito infinito.

Lo he bautizado como Sebastián. Se lo presento.

Mañana, a las siete en punto, estará ahí de nuevo. Lo sé.

(Sí, sonríó)

Ejercicios literarios

Dado que vivo en un cuarto piso, y dado también lo añejo de mis pretensiones literarias (nunca llevadas a cabo con asiduidad, a saber por qué) esta vez me he decidido. Y lo que he preparado como ejercicio para mi voluntad es lo siguiente: has de observarlo todo desde arriba, y describirlo con prosa sobria y escueta de manera que quien lo lea se haga una idea cabal de cómo es –¿o podría ser?– la realidad vista desde un ángulo no habitual. (Quería distinguirme de Dostoievski y sus *Memorias del subsuelo*, vaya).

Será un texto que habrá de tener, necesariamente, un algo de ironía por el punto de visión elegido, algo de sugerencia, algo de invención y, por qué no, su aditamento de mentira, ingrediente fundamental en toda buena literatura.

Me puse a ello y, al principio estaba feliz porque, para mi sorpresa, mi voluntad parecía haber aceptado el reto de buen grado (ella, por lo común tan esquiva al trabajo) Pero la coyunda voluntad-dedicación no duró mucho.

¿Qué ocurre?, me auto-dije. Y sonreí cuando me pareció advertir el juego en el que yo mismo me había metido. ¿Observarlo todo desde arriba? Ya está: me quedo con la urraca que, puntual cada mañana, se posa en una rama del cerezo, ahora desnudo, a ejercitar sus labores de aseo, sobre todo la limpieza de sus alas. Qué precisión hurgando en ellas con el pico. ¡Y esos meneos del cuerpo para que acomode cada filamento de pluma, cada-una-en-su-lugar... Así.

¡Adoro esos gestos menudos, de verdad. Su gracia bailarina!

Precocidad

Habían llegado a creer que sería imposible ya la descendencia después de tantos intentos –de todo tipo– en vano. Y de pronto es como si se hubiese obrado el milagro. De verdad, de verdad era un cielo –su mismo nombre le delataba: Ángel–. Sus ricitos rubios, siempre en un maravilloso desorden; sus labios, tiernos y sonrientes, propicios al gesto cariñoso. Y su mirada: intensa, azul, acogedora de un modo inenarrable, de verdad.

Pronto iba a cumplir dos años, así que quisieron disponer su voluntad con la mayor generosidad, atentos a regalarle lo que Angelito les pidiese o fuese de su apetencia. Seguro que sería algo constructivo, algo bello, algo que ya delimitase, o, a ellos, les diese pistas de cuál iba a ser su prometedor futuro. Artístico, sin duda: no cabía pensar otra cosa.

A la hora entrañable de la cena, cuando, habiendo dejado atrás el ajetreo y compartían las últimas horas del día, se lo plantearon. “Ángel, cariño. Pronto será tu cumpleaños: dinos, ¿qué querrías, qué te gustaría, como regalo? Pide sin temor, nuestra intención será, como siempre, complacerte...”

Y Angelito, con su vivo mirar, pobrecito, respondió en un tris, sin vacilar: ¡un cajón gitano!

En el aire de la pequeña cocina se dibuja todavía el signo de interrogación que precedió a la expresión: ¿QUÉÉÉÉ...?

Teatro (romántico)

No podré, ‘en puridad’, decir que al verla se hizo la luz, pues iba vestida de negro, mas:

–¿Acaso el negro no guarda también su luz, ese matiz velado que ‘enseña’ lo interior?

–¿Acaso ella sola, su figura distinta, como de un nacimiento pictórico, no sería suficiente para atraer la intención?

–¿Acaso necesitaría volar, como el tiempo, cuando su reino (¡sí, su reino seductor!) es de este mundo y en él me hallo yo?

–¿Había percibido –ella– la íntima vibración que su cuerpo ejercía en mí...? El teatro estaba lleno, más nosotros dos.

–¿Acaso todo ha de tener justificación?

Salió sola; altivamente sencilla, sencillamente altiva. Y me miró. Y yo pude sentir-la.

Descendía las escaleras hacia la noche, afuera, siguiendo el vuelo de mariposa que llevaba en su tela liviana cada vez que su pie descendía un peldaño...

Disfruté de su ritmo; del mío embriagado.

La aguardé en la acera, donde nos esperaba la luna llena de la inmediata primavera, ‘para cuando la cercanía de la rosa...’

“Y allí hubo esa parte secreta que inicia el amor”

Títeres

–A ver –le dice la abuela a su nietecita– dime a dónde has ido ayer.

–He ido a los títeres.

–¿Y les has entendido todo?

–... ¡Pues claro!:

Robín, que es un pájaro de madera que ha soñado que ha salido de su jaula y se ha echado a volar, encuentra a Blanca, que ha sido convertida en una pajarita –también de madera– por el espantapájaros que, como no tiene corazón, no la deja volar (y por eso a ella se le ha olvidado).

Entonces Robín le dice que debe aprender a volar de nuevo, que volar es maravilloso. “Ya verás: desde arriba, como todo se ve más pequeño, tiene menos importancia...”

–¿Incluso el miedo?, dice Blanca.

–Incluso el miedo”.

–...

–Abuela, ¿por qué lloras?

Alta política

Es una figuración.

Digamos que todos están ahí, yertos, blancos, sosteniendo una verticalidad que equivale a su buen proceder, a su veracidad, a su integridad, a su promesa de utilidad, de bien, de futuro (fungible).

Cada cual procura sostener, mantener esa postura que avala su condición de útil, de fiable, pues si, por alguna razón, pierde su equilibrio –cede en su presencia firme y vertical– supondría el equivalente a una falta de eficacia, de fiabilidad, de utilidad bien entendida.

Así es la realidad convertida no ya en deseo, sino también en emblema, en confianza; en progreso incluso. Erguidos, impolutos, ofrecen una mayor perspectiva de soluciones a las cosas, a lo más cotidiano.

Es una figuración intacta.

Los rollos de papel higiénico permanecen ahí, altos, erguidos y dignos en su repisa mientras los políticos, sus símiles, debaten acerca de su propia y aciaga mentira.

La frontera sin luz (Idomení)

Se les veía allí, hacinados.

Viejos y jóvenes. Mujeres y niños. Algún juguete desvencijado, algún charco. Y la sensación de desamparo y frío.

Un periodista oye decir a un hombre de mediana edad, sereno, cansado:

“¿Y esto es Europa? De saberlo, no hubiera salido de Siria”.

“¿Está pensando en regresar?” –le pregunta.

Y el hombre le responde con una sonrisa que se diría *demasiado* humana: “No, estaba pensando en suicidarme”.

A saber.

La luz de sus ojos era de un azul melancolía.

O algo así

El sentir

No suele haber una gran coincidencia entre nosotros, y aun así yo la amo.

Y al decir la amo no quiero dar sensación de apropiación, uno de los rasgos –tal vez excusables– del amor. No, yo quiero decir que, al sentir, siento ‘en ella’, por ella, desde ella... ¿Y qué pensará ella?, me he dicho algunas veces. Pero no me he azorado por ese pensamiento: la amo en su libertad, la amo en su lejanía, la amo como pensamiento; y en ese sentir me siento yo también amado.

Me he detenido en esta romántica intimidad cuando la he visto esta mañana temprano (algo no habitual). Desnuda y a la vez pudorosa. Limpia como un color desprendido del cielo...

La pienso casi sonriendo. Así, con esa blancura como de agua... (Lo habitual es que nos veamos por las noches, bajo su largo secreto).

¡Ah!, ¿pero ya sabían que me refería a la luna...?

Luísón

El amor para él era el alimento y el aire. Era el paisaje y el calor. ‘Solo podré ser yo mismo dentro del amor, aunque esto suponga arder’, se dijo y pensó. Y así estaba dispuesto a vivir, con esta aceptación (que no era deuda, sino ‘integración’).

Un día, pues, con su predisposición de luciérnaga (aportar luz en el oscuro bosque, su metáfora amorosa preferida) le susurró a Yenni, que estaba distraída ante un coloreado escaparate: “¿Te gustaría conocer una especie en extinción?” Ella, sorprendida, divertida, no le dijo en qué pensaba; solo le dijo, Sí.

¡Alehop! Y saltó delante, ágil.

Delante de una sonriente Yenni mientras hincaba la rodilla en el baldosado del Megacentro comercial. “Aquí lo tienes, guárdame donde quieras, consérvame...” Y, al tiempo, movía sus manos a modo de alas yendo hacia su corazón...

Hasta que llegó el guardia de seguridad

El espejo

No se ha dicho de una manera explícita hasta ahora (no se suele decir, por la razón que fuere. ¡A saber acerca de los secretos del que está a solas!), pero yo lo sé: cuando se mira al espejo siempre (siempre) se pretende mirar más allá. Y no es exactamente una imagen lo que se espera, sino una respuesta.

Seguro, lo sé. El espejo no es esa superficie aparentemente sencilla y plana que refleja nuestro rostro. No. El espejo, se sabe, va bastante más allá de uno mismo. Hay quien sostiene, incluso, que, considerado psicológicamente, podría pasar por un claro ejemplo de ansiedad; siempre se pretende ver más allá (algo así como escuchar un juicio divino desde esa superficie en apariencia sencilla y plana), pero sería una pretensión inagotable; siempre se pretendería un poco más...

Como el horizonte...

Como el Destino...

Como lo que se esconde más allá del Destino...

Reflejos

Era domingo y llovía.

Me había citado allí un amigo que es muy puntual; siempre llega un cuarto de hora tarde.

Para protegerme me situé bajo unos soportales donde, junto a una cervecería, estaba ubicada la entrada a un edificio elegante que protegía su interior con puertas acristaladas que daban un tenue reflejo.

Desde mi lugar observé una figura de mediana edad, más bien alto y escueto. Estaba construido, a lo que parecía, sobre una sólida estructura física y su expresión –por lo que dejaba traslucir el reflejo– era seria, acaso con un punto de melancolía en el no-mirar. Un solitario, me dije.

Ocurre también que, en esos días en que el cielo no sonrío, se me llega al sentir un punto de tristeza y, por alguna razón (de amor) me acuerdo de mi madre.

A ella, siempre atenta al bien y la salud de su hijo, le hubiera gustado, creo, un hijo así, semejando salud y como con un grado de pudor.

Al fin advertí que el reflejado era yo, pero mi gozo se veló al recordar que ella ya no está

La sombra

La mañana de sol invitaba a la esperanza. (Entiéndase, para el caso, que *esperanza* es una palabra con una cierta connotación religiosa, lo que le resta, creo, algo de valor ontológico a su equivalente más humana, a su discreta vecina la palabra *ilusión*).

Si era una mañana de sol eso quiere decir, para el sentir del ánimo, que algo se ha abierto –un algo con su bis religioso, eso hay que admitirlo– y ello favorece que los sentidos se distiendan, lo cual propicia –simbólicamente– que el proyecto se cumpla, que el deseo se ha de ver satisfecho.

Caminaba ligero en el espacio de la plaza abierta, casi sonriente por el camino trazado entre los parterres rebosantes, a esas alturas de la primavera, de un frescor colorido y floral (creo que ese ‘frescor’ es el responsable de que hubiese en mi rostro un aire de sonrisa).

El cielo inmaculado había alejado la idea de tiempo (tiempo como medición, digamos, como límite). Entonces, de pronto me cubre una sombra... Me azora y distorsiona el ánimo una gran sombra móvil sobre mi cabeza que me traslada frío a lo que era buen ánimo anterior; me traslada desazón, turbio presagio...

¡Será posible la p... bandera!

El cerezo

‘Mi’ cerezo no habla, para qué.

Es ‘mío’ porque está en mi calle, bajo mi ventana. Es mío porque lo he seguido desde la aparición del primer pétalo, ese que asombra y seduce y llena de esperanza la espera. Ahora lo veo cada día más lozano, más afinada su lisa corteza, más parlanchín. Le alegra, por ejemplo –lo sé– el que pasen, cada mañana, bajo sus ramas cada vez más engalanadas, los niños que, cada cual a su regañadientes, pasan camino del colegio.

El otro día, sin embargo, me ha parecido verlo sonrojarse. Fue algo que me conmovió el ánimo, por inesperado. Lo vivo tanto cada día que no es una sorpresa para mí el atribuirle sentimientos; al observarlo de una manera tan directa y natural me ha sorprendido hasta la conmoción. Es más, hasta una forma muy honda de melancolía, pues he sabido –lo he sabido– que le sonrojó emocionalmente ver pasar a un niño negro hacia el colegio. Como tantos niños; pero este era el más pobre, el más serio. Y no hablaba.

Iba de la mano de su madre negra, y no hablaba.

Casi sin gesto. Solo serio.

Llegar

Considero que esa línea que se pretende pisar el primero, que se ansía llegar hasta ella como fuere –con mucha o escasa dignidad–; esa marca que tira de nuestra voluntad e intención como pocas cosas en la vida, tiene, por todas esas razones, más de idea que de objetivo material, más de devocionario que de consecución.

¡Y todo por ese gesto efímero llamado aplauso! Sí, llegar el primero. El primero en envejecer su nombre, pues él, en adelante, ha de ser el postergado por otros nombres.

El primero en ascender a algo que solo tendrá interés como noticia pasada, como vejación, pues lo que pretendemos es el futuro triunfal, superar su marca.

¿Tal vez, si acaso, pretender llegar el primero porque ella estaba allí? ¿Y dónde está ella ahora? ¿Por qué? ¿Qué ha visto en él, el que ha batido mi marca?

Un día he llegado el primero y con ello he engendrado, orgulloso, el origen de mi velada humillación

...en el aire

Observa (con primor, desnudo el mirar, con paciencia de labriego) cómo se entretienen en el aire.

Juegan, bailan, esperan, cantan, escenifican, y recuerdan de pronto –de ahí ese agitarse repentino– y vuelta al gesto demorado demostrando dominio de la voluntad, confianza plena (¿se advierte, a la vez, un cierto desasosiego por lo que pueda venir?). Entrelazan su entretenimiento, van de visita (pero no tardan en regresar), realizan unos ejercicios muy vívidos de gimnasia artística, de destreza del cuerpo; voltean como ágiles sombras (al tiempo que, al voltear, ofrecen, por un momento, el reflejo de sus alas al trasluz), avivan el aire que parecía quietarse...

Y en esa danza mañanera portan algún pequeño secreto nuestro, o nos miran de reojo, o nos ‘muestran’ (¿como en un juego, ‘hacen que muestran’?) el rostro de ella, la joven que ayer, no sabes bien por qué, te ha seducido.

Su partitura en el aire es tan aparentemente desordenada como armónica.

Traen, al que observa y piensa, un sesgo novedoso, casi feliz. Aportan algo así como un ser interiorizado.

¡Ay!, las blancas-negras golondrinas, su infantil sugerencia

Lunares

Tenía un lunar que yo hubiera deseado que fuese de color rojo. De color rojo es la ira, la amapola, el deseo, el color oculto del sol, el mar en otoño (sí, todo eso tan sublime: el deseo, el color oculto del sol, el mar en otoño). También algunos frutos silvestres que penden de árboles pequeños...

Hubiese deseado que el color de su lunar fuese rojo porque así la siento más cerca cuando me enciende la pasión; cuando ese momento llega me salgo de mí, me desbordo: todo porque no puedo dominar mi voluntad... Se lo he dicho.

Me ocurre así cuando vivo, sobre todo, por el deseo.

Ahora bien, lo cierto es que ella también es consciente de sus querencias: no le gusta el rojo.

Y además tiene razón: yo soy daltónico...

En fin, buscaré otra mujer que me dé más confianza

Diálogo virtual

Lectura en la pantallita:

Ella: “Peter (mi Peter), escucha: cuando encuentres una promoción que no tienes en tu APP y el QR (en azul) se plasma en el plasma (pantalla), guárdalo escaneando el código”.

Él: “Cariño, de verdad, cada vez te siento más ‘cool’.

Apagó el móvil; volvió a las páginas de Agatha Christie

Runner

Miró al muñeco del semáforo (ya parpadeante).

Miró al soslayo (por si hubiese alguien ‘con peso específico’, de los que delatan a la primera la actitud social del otro; ese que espera, con ojos de conciencia cívica, ‘a ver qué va a hacer este osado...’).

Miró al frente por si hubiese del otro lado alguien similar, es decir, un ‘delator social’ presto a denunciar su gesto incívico, incluso hortera, de aprovechar para cruzar sin...

Se lanzó, fiero, en la dirección del muñeco que parecía arrastrarle de la mano.

¡Oh, no! Se le ha caído el móvil haciendo ese sonido tonto y desigual al ‘darse’ contra el suelo.

Continuó, animado por una sonrisa boba (y por el rugir del penúltimo coche) Le dio vergüenza volver a por los restos de su... orgullo

Incidencia

Lo cierto es que el calor canicular apenas nos había dejado dormir. Íbamos retrasados; eso sí, en nuestro coche. Éramos unos enchufados.

–Más aprisa, por favor, o no llegamos.

Ese día teníamos guardia, lo que supone un protocolo previo en el cuartel.

–¡Cuidado!

Quiso apurar tanto el semáforo que el impacto dio en la parte trasera lateral del coche fúnebre (una berlina negra reluciente) unos noventa grados.

¡Ay Dios! El impacto hace ceder la puerta trasera y pronto asoma un ataúd que, por efecto de la gravedad (más la que vendría después) nada más tocar el asfalto comienza su viaje en solitario.

Castellana abajo, el transporte de madera lacada y color nacarado parecía adquirir una velocidad cada vez mayor...

La ancianita, al salir del coche acompañante y asistir al ‘efecto’ visual había comenzado a gritar: “Es la revolución, es la revolución”. El viajero hierático, al parecer, era su marido, un laureado general de larga carrera.

Nuestro uniforme, es cierto, lució como nunca corriendo tras el ‘envoltorio’ de madera; se vio muy bien al día siguiente en los periódicos.

Y, bueno, ahora en el calabozo se está fresquito

Lectura

Después de una semana dedicada por entero he conseguido contar (aun así, con la mejor aproximación) que he leído desde aquella tarde de otoño en que el mar llegaba tan manso y amistoso a la orilla un total de 11743 páginas. Entre todas (fue un trabajo disciplinado y minucioso), es decir: periódicos, cuadernos viejos, manuscritos de amigos (¡ay!), libros de estudio (escuela, bachillerato, universidad, panfletos políticos, ¡ay!), y un varios (así lo llamo yo) de menudencias que se cruzan delante de uno en la estación de tren, en la consulta médica...

De todo ello, no obstante, me quedo con una escasísima cosecha. Tal vez mis amigos-as adviertan en mí un bagaje sólido de especulación, de conocimientos, pero de todo ello, digo, yo me quedaría con aquella página que se quedó un día en el aire de la canción: “Me asomé a un pino verde/ por ver si me consolaba/ y el pino, como era verde, / al verme llorar, lloraba”.

¡Ay!, corazón, una vez más me la has jugado

¿La alfombra?

No, no estoy seguro.

En realidad, después de haber recorrido un buen tramo del camino que ha tenido a bien designarme el Destino, no estoy seguro de casi nada; y cada vez menos. Pues bien, decía-pensaba que no, que no estoy nada seguro de que cuando sacude la alfombra esté haciendo *exactamente* eso, sacudir la alfombra. No.

¿Han reparado en el gesto de rabia, el rictus de dolor marcado en los labios que ese comportamiento casi cotidiano tantas veces conlleva? Y, si es así –y es así–, ¿por qué es así? Por tristeza cotidiana, por dolor, por desesperación de que la cosa no se arregla por muy buena voluntad que le pongas o porque te mates trabajando para conseguirlo; por cansancio de la vida, porque... Qué duro y costoso es conseguir la cosa más pequeña: un mínimo de confianza, un mínimo de felicidad, un átomo de reconocimiento...

–¡Oiga!

–¿Qué pasa? ¿Es que no se va a poder sacudir la alfombra o qué?

(¿Han reparado en el rictus de dureza, de desaliento, de venganza incluso que se le marca en los labios...?)

Últimas voluntades

Le recuerdo como un hombre mediano en todo; incluso tirando a pequeño: en estatura (vestido con colores apagados, resultaba como silencioso); en carácter (tímido, reservado, con ese punto de ceremonioso que tienen los solitarios). Creo recordar, a la vez, que no se le veía hasta que se le veía: una obviedad que tiene su explicación. Cuando no se le veía todos comentaban “Qué raro que no haya venido Benedicto...” Y entonces aparecía, algo así como desde un punto de fuga, como tomando cuerpo real al tiempo que se acercaba.

Todos lo conocían por su costumbre: no se perdía un funeral de cualquiera de sus vecinos, ya fuese de su pueblo o el de al lado, que no distaba mucho del suyo.

Creo que se le recordará sobre todo por su figura, su siempre discreta presencia. Yo le he recordado al leer un fragmento de las memorias de Kawabata: “Cuanto más distante era mi conexión con el muerto, más movido me sentía para ir al cementerio, acompañado por mis propios recuerdos”.

Por algo le atribuía yo un secreto (gracias, Kawa)

Maldad maquinal

Esta mañana, harto ya de sus burlas, de su deliberado –estoy seguro– comportamiento para herir mi esperanza, siempre constructiva, le vigilé de cerca desde el primer momento.

En esa vigilancia, claro está –lo comprenderá de inmediato cualquier persona sensible– se pone mucho de uno mismo: orgullo, fe y desconfianza, sonrisa y enfado, deseo de paz y amenaza de guerra...

Esperé con esperanza ansiosa pues confiaba, quería confiar, en que esta vez no hubiese problema; menos aún en un deliberado comportamiento de maldad por su parte.

Pero, ¡ay!, una vez más no ha sido así. Es decir, me ha burlado. Una vez más, en su giro aparentemente inocente, el plato del microondas ha dejado el asidero de la taza de chocolate hacia allá, hacia atrás; donde pueda quemarme para cogerla...

¡Ya es maldad! (¿Una máquina con alma mezquina?)

Postilla

La postilla (del latín *pustella*, recogida en el diccionario bajo el significado de “costra: cubierta o superficie endurecida”; endurecida, sí, ha de añadir mi sentimiento del amor) delató durante días lo que había sido el resultado de un agravio de amor, agravio que se volvió contra mí cuando mi voluntad iba orientada justamente en el sentido contrario, es decir, darle a mi amada una muestra de mi inequívoco y arrebatado amor.

Fue ella, sin embargo –¡ingrata!–, quien me arrebató a mí un preciado trozo de mi piel con sus uñas afiladas, apuntadas, agresivas, desal... Bueno, mejor no lo digo.

Primero sangré, luego fue cediendo el daño en forma de superficie rasgada, herida. Luego, al tiempo que todo se había enfriado, vino el diseño de una postilla delatora, reflejo de la cruel realidad. Pero más cruel fue, si cabe, el reflejo –pienso que perenne– que dejó en todo mi ser y que, sospecho, llegó al corazón sintiente (como diría el filósofo Zubiri). Y es que la forma de la postilla: fría, distanciada ya de su ira, tiene forma de corazón.

No sintiente, eso sí. Otra interpretación no la acepto. Así se lo dije, bien clarito, en un wasap que no tiene desperdicio en los anales de la literatura en torno al amor

La lluvia

Para poner a prueba a sus potenciales novias creía haber dado con un sistema infalible. Era tan débil, el pobre, tan intimísimamente tímido, que ideó un recurso propio. Recurso o prueba que él no consideraba una debilidad, por cierto, sino todo lo contrario.

“¿Has advertido la delicada relación que existe entre la lluvia y la memoria?” Ese era el mensaje que le proponía a aquella que, en un momento dado, algo parecía dictarle que podría llegar a ser la mujer de su vida.

Lo habitual, entonces, eran las evasivas como respuesta: “¿Tomamos café mañana? O, enriqueciendo la frase: ¿Quieres que tomemos café mañana, aunque llueva?” No, no iba por ahí. Se trataba de una cuestión de sensibilidad, sencillamente.

Al fin se quedó con la respuesta (ella se llama Elisita) siguiente: “La gallina”. ¿No es un primor de respuesta, llena de delicadeza, plena de ese frufú espiritual que uno tanto aprecia? Ella tomó su frase como un acertijo y, en efecto, una tarde de lluvia, estando muy juntitos, una gallina...

La adora todavía, aunque no llueva

Afinidades electivas

Su patronímico es Dewar's, y él lo es todo para mí.

Y digo con recelo 'todo' por mi respeto a los dioses, a los que aprecio y vigilo y escucho y viajo y charlo con ellos (sobre todo a eso de 'cuando la tarde va dejando de serlo' para transformarse en la gran dama seductora, la noche).

Con cierto recelo digo ese 'todo' si bien he de confesar que él para mí hace las veces de un asesor espiritual muy fluido, muy adaptable a mi cuerpo, a mi circunstancia...

Y todavía más, o así lo siento. Es abrigo y consuelo y 'alegría en el lloro' (como diría nuestro señor don Quijote) y nutriente seriedad en la melancolía.

Hasta su nombre acepto con gozo. Que es John, en realidad; Dewar's es su apellido. Y sus títulos (atiendan a la norteña sonoridad, por favor): "True Scotch, conde de White Label y señor del Blended Scotch Whisky".

Pues sea: a su salud

Circunstancia

Estaba delante de mí, en la cola.

Nos disponíamos a pagar, cada cual sus adquisiciones. Él, el gesto serio, circunspecto, con un sesgo de solemnidad intelectual y a la vez (¿era así?) un punto de autoridad e ironía en sus ojos claros (que, por un momento, fijó en mí con premeditación). Llevaba en una mano una sartén y tres pares de calcetines (negros) dentro, y en la otra una botella de aceite de oliva (virgen, extra, 'prensado en frío').

El día, afuera, era caluroso.

Estaba a punto de establecer una relación entre su figura y sus pertenencias, pero pronto me desvié: no quiero caer en esas asociaciones vanas que la curiosidad establece en los comportamientos de la gran ciudad. Como buen romántico (y tímido) prefiero dejarme vagar en el mecer del río al atardecer. (Ahora bien, no me digan que una sartén con unos calcetines negros no da para digresiones interesantes: por ejemplo... Bueno, lo deajo)

Devociones

Veo el *Libro de Horas*, lujosamente ilustrado, que tengo delante (después de recelar, eso sí, por el detalle del regalo: uno ha de estar siempre alerta). El volumen lleva concretamente el título: *Libro de Horas. Plegarias y oraciones*. Yo advierto, para qué negarlo, un algo de retintín en la portada, donde aparece una figura contrita, como suplicante, que predispone a una cierta ceremonia... Malo, me digo.

Leo: “Una persona puede ser devota de su esposo o esposa, de sus padres, de sus hijos, y eso implica que está dispuesta a poner las necesidades del otro por encima de las propias”. Pues bien, siendo así, yo no soy un devoto. Y punto. No quiero equívocos innecesarios.

–Pásame la sal, por favor.

–...

–¡Te he dicho que me pases la sal!

Y punto

una llamada emocionante

Es el día de los enamorados.

Recibo una llamada.

De una mujer.

–Hola, Buenas tardes.

–Hola.

–¿Es usted...?

–Sí, yo soy...

–Le llamo de la ortopedia... Que ya están aquí las plantillas

¡Qué descanso! ¡Qué placer...! Por inducción.

Para ratificar mi idea abro el Diccionario. *Inducción*, acepción 1: “la variación del flujo magnético (yo) que induce en la bobina (cariñosamente, ella) una corriente eléctrica (es una forma de llamarlo) y se genera un flujo magnético elevado de larga duración (Y tanto, pienso yo. Ya lo creo).

Al final, un día delicioso

E la nave va...

Federico contaba poco más de dos años de edad cuando una tarde de otoño (de esas que, al guardarse el sol en el mar se apaga y, a la vez, se va creando un mundo de colores que solo un niño sabe entender con la imaginación) alguien pasó a su lado y, en tono casi de reproche, le dijo:

–Federico, ¿qué haces tú solo aquí, en la orilla? Y dibujando esas cosas tan raras.

Federico, volviéndose, le respondió con gesto de disgusto, casi de enfado:

–Las cosas raras se ven mejor, y dicen la verdad.

Y el jovencísimo hijo de los Fellini continuó enfrascado en la imaginaria aventura de los dibujos donde había barcos y piratas, y una bandera amenazante, y ruido de cañones (¡bruuuun!) de esos que se dibujan con un círculo de humo en el extremo porque ya ha salido la bala...

Al poco le llamaría su madre para la cena

(Es una interpretación)

Les observaba desde mi ventana, y tal me ha parecido entenderles.

–Que no! –decía la voz infantil.

–Pero, ¿por qué no? Dame una razón, por favor.

–Porque tengo miedo.

–¿Miedo has dicho? –preguntó la madre con asombro.

–Miedo, sí. Y vértigo.

–¿Vértigo? –dijo la madre, con más asombro todavía.

–Sí. Además, desde aquí arriba todo se ve más lejano, y así el miedo es menor.

Tal respondió, pero se advertía una decisión que se iba debilitando. Por otro lado, se dijo para sí, me encantaría aprender a volar, como mamá...

La discusión pronto terminó, y la cría de gorrión alzó, con gesto débil, el vuelo hasta el cerezo cercano. El que está al otro lado de mi ventana.

Mis vecinos los gorriones son los nuevos inquilinos de la farola que tengo debajo. Han hecho ahí su nido; se resguardan en su interior, donde la bombilla aporta calor.

Confieso que me he sentido un poco infantil al ‘escuchar’ su amorosa discusión.

(Es solo una interpretación)

Quiétude, pudor

Con gesto rápido, decidido, la dejó desnuda de cintura para arriba.

Me sobrecogió aquel gesto visto desde donde me encontraba. Ella quieta, muda, sin expresión, como recatando su pudor.

Él, recalcitrante en su apasionada tarea, cogiéndola por la cintura la volteó y le quitó la falda.

¡Oh, no! ¡Con qué frialdad, con qué indiferencia!

Ella rígida, seria (parecían resaltar incluso la utilidad de los actos sobre la desnudez de ella). El caso es que, curiosamente, no se deducía violencia de aquella insólita escena.

Tal vez con razón. Él pronto supo cubrirla –¡ese mismo gesto decidido, pero a la vez delicado!– con ropas nuevas, y yo respiré tranquilo.

Incluso me pareció advertir que la figura del maniquí me sonreía

*Para Alfredo Ovilo, escritor minucioso.
Generoso y fiel amigo*

Criterio científico

He estado observándole con detenimiento, incluso con una cierta fruición, ya que no quisiera sostener un criterio erróneo (y menos de carácter científico, por respeto a lo que ha sido mi formación), pero no, definitivamente no. No puedo compartir su criterio de apertura de las cajas de cartón.

Él abre las cajas de cartón con el pie, pero apoyando este en el centro de la caja, y solo la dobla cuando yo considero que sería más práctico –yo lo haría así– pisando en un extremo de forma que de una pisada certera doblaría directamente una buena parte de la caja; luego el otro lado. Así tendría pronto aplastadas, tal como es su pretensión, todas las cajas y ganaría espacio para ir apilando las demás en el camión ‘del atardecer’, tal como lo llaman.

Ya ni el recoge-cartones es lo que era.

El caso es que, cuando lo hace a mano, sí trabaja como yo sugiero, abriéndolas por el extremo. En fin, todo cambia, mas no, pienso, para el bien del criterio científico.

Le he observado desde lo alto de mi ventana mientras trabajaba en la baldera de su camión sin cubrir y la visión me ha decepcionado un poco, francamente

Mi dieta y yo

La galleta *Ligeresa*, tan redonda y discreta y sabrosa ella (sabrosa al estilo antiguo, esto es, que, entrando en el paladar, se acomoda fácilmente y, poco a poco, se hace una con las papilas gustativas llevando a cabo una labor de identidad fácil, casi sutil, integradora, hasta llegar a esa pasta que, en su lentitud y espesura, hace las delicias de los adultos); la galleta, digo, parece que ha querido tener un detalle globalizador conmigo y, en su condición neutra –como todo lo global; esto es, como diría mi abuela, consumidora consumada de las discretas galletas: “solo lo personal, lo que se dice con el alma, no es neutro”–, va y me mira (es un decir) desde su anaquel del ‘super’ y me susurra – así como con un cierto secreto de amigo– que si me la llevo a casa tendré la suerte de poder disfrutar del lote clasificado como L22504717 (¡nada menos!). Caducidad: 16.08.2018. ¡Y ha sido envasado a las 04.05 h! Un lujo.

El caso es que yo, que provengo de románticos y cederé tal herencia, me la he llevado a casa. Ahora participa de mí, y yo de ella, y nuestra relación ha obtenido la bendición de la dietista (¡nada menos!).

Qué hermosura, de verdad: de amor, de entrega (lo tiene todo: semillas de sésamo, de lino, y germen de trigo, por no citar otras cualidades ocultas...)

Cuestión de confianza

Asistí al ‘evento’, así que lo cuento.

Llegó al mostrador del periódico para cumplir un encargo *casi* doloroso: redactar una esquela por el fallecimiento de su suegra, a la que no adoraba (ya verán).

–¿Y qué ponemos?, dice el empleado.

–No sé, ponga usted por ejemplo, *Murió María Fernández*. Ni se le ocurrió decir aquello de *Q.E.P.D.*

–Escuche, por el mismo precio puede poner usted hasta un máximo de diez palabras. ¿Quiere añadir algo más?

La duda la resolvió en poco tiempo. Sonrió.

–¿Puedo añadir: *Vendo Renault Megane?*

–Desde luego. ¿Algo más?

–Pues sí, ponga: *Seminuevo*. Porque lo está, ¿sabe?

Era un hombre resuelto, sin duda

Sentimientos

Sentados en el mismo banco, en medio de unas circunstancias tan difíciles, me hice cargo de su silencio.

Su gesto era hierático. No diría que distante, pues en uno de ellos parecía asomar un rictus de una cierta inocencia, una emoción contenida que te llevaba a pensar –con la delicadeza con que se piensan esas cosas– en la esquiva naturaleza de los secretos en el interior de cada cual.

Estuve un buen rato observándoles –discretamente, confío– pero no hubo suerte, no hubo comunicación entre ellos.

Un tanto desalentado regresé. El caso es que, a la luz ya dorado-rosácea del atardecer, el paisaje entorno expresaba una rara ternura. Había nevado todo el día y solo a última hora salió el sol.

Casi sentí no despedirme de los muñecos de nieve: él con su naricita roja, ella con una hoja de acebo en el pelo

Congoja y 'bus'

Era Semana Santa y llovía (melancólicamente)

Pudiera parecer una frivolidad, pero llegué, ese día, a entender el verdadero significado de la palabra 'congoja' (tan propia del dolor 'y su circunstancia') gracias a una línea de autobús.

Hasta ahora entendía esa palabra como un conglomerado de valores –tal como suele ocurrir, creo, con el hondo valor de las palabras cuando estas se viven por dentro. Hasta ahora la entendía como aflicción, como agravio emocional: un cierto lamento; un si es no es del ser de la melancolía... Pero a la luz de esa mañana tan triste y cautivadora del ánimo había de hallar el significado; un significado que, creo, me induce a seguir pensando en mis tribulaciones (y ya van siendo unas cuantas)

Viene el 'bus'. Levanto la mano para indicar al conductor que me gustaría compartir parte del viaje en su democrático vehículo, con su carga incluida, y, para mi sorpresa, nada más abrirse las puertas escucho: "*Línea 1, destino Cristo Rey*".

¡Oh, no!

...

Andando calle abajo me decía: ¿será para tanto lo mío?

Palabras nada más

Un día cualquiera (otoño de un sol recién lavado) y la letra ‘a’, tan sencilla y redonda, creyó oportuno asociarse a la ‘m’, que tiene algo así como un porte que ofrece estabilidad (un juicio acaso inventado, pero los sueños son así). El caso es que, juntas, buscaron compañía y pensaron en la ‘o’, tan móvil y autónoma; ella aportaría el movimiento, el entretenimiento, el juego. Y, ya puestos, ¿por qué no añadir algo de estética?: un sentimiento liberador, educado, elegante. Y se decidieron por la ‘r’. ¿No os parece decidida y frágil a la vez? Semeja el incipiente tronco de un árbol tratando de extender una rama (y su fruto, y sus hojas tan secretamente sensibles a la brisa... Pongo las eses para darle sonido a la brisa).

Se sabe que Kafka sentía una verdadera familiaridad con las palabras; cuando estaba escribiendo pensaba que “cada palabra mira a todas partes antes que le permita escribirla”.

Se sabe también que la historia anterior le ocurrió a él, un día en que pensaba (‘pensaba, como al aire’) en Felice, su fiel *a-m-o-r*



Me gusta la artesanía de las palabras, y en ese juego confío que el lector obtenga emoción, duda, silencio...

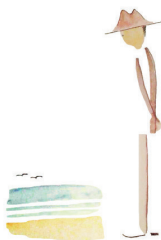
Este libro se terminó de imprimir el día 15 de marzo de 2021,
día de Sta. Luisa de Marillac, y recuerdo las palabras de Jean Paul:

*La memoria es el único paraíso
del que no podemos ser expulsados.*

La tarde descendía con la clemencia propia a la
ceremonia más deseada –esa hora sin nombre–
en el reino del verano

*

Se sabe que Kafka sentía una verdadera familiaridad
con las palabras; cuando estaba escribiendo pensaba
que “cada palabra mira a todas partes
antes que le permita escribirla”.



Zadar eds.